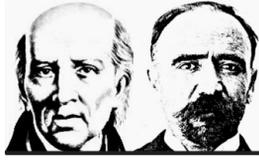


El presidente Antonio López de Santa Anna renunció a su cargo huyendo hacia Puebla



Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

Todo lo que sirviera como proyectil era tomado por civiles para atacar a los soldados yanquis en la Ciudad de México

EL 16 DE SEPTIEMBRE QUE MÉXICO LLORÓ

POR DOMINGO DERAS TORRES

Los días 14, 15 y 16 de septiembre del año de 1847 quedaron marcados en las páginas de la historia nacional como un infausto acontecimiento que ofendió a los habitantes de la Capital del país, el orgullo de ser mexicanos. Eran los trágicos tiempos de la guerra México-Estados Unidos, la que le costó a nuestra patria la pérdida de los territorios de California, Nuevo México, Arizona, parte de Nevada, Utah y Colorado, cedidos mediante los Tratados de Guadalupe Hidalgo, firmados el 2 de febrero de 1848.

Para el lunes 13 de septiembre de aquel 1847, las fuerzas norteamericanas al mando del general Winfield Scott iniciaron su avance sobre la Ciudad de México, después de haber tomado en violenta y sangrienta batalla el Castillo de Chapultepec, donde los militares nacionales exhibieron casta de coraje y valor ante el invasor. El espíritu expansionista del presidente norteamericano, James Polk, era soberbio, consignatorio, tajante: arrebatarse a México más de la mitad de su territorio. El voraz imperialismo yanqui no había quedado conforme con la anexión de Texas en 1845.

El fuego de artillería se inició sobre la ciudad antes de la medianoche de ese mismo día. El capitán Hugner dio órdenes de cañonear las torres de la Catedral metropolitana; afortunadamente, las balas fueron a dar a otro punto distante del Zócalo, el edificio colonial más importante del centro histórico quedó intacto.

El presidente Antonio López de Santa Anna renunció a su cargo huyendo hacia Puebla, y de ahí a su exilio en Turbaco, Colombia. Lo sustituyó en la Presidencia Manuel de la Peña y Peña, quien era presidente de la Suprema Corte de Justicia. Después, Santa Anna, también conocido popularmente como "El Quince Uñas" (así lo apodaron al perder una pierna en la Guerra de los Pasteles 1838-1839), intentó refugiarse en Oaxaca, pero el gobernador Benito Juárez, al conocer sus intenciones, le prohibió la entrada con la amenaza de expulsarlo. "Nunca me perdonó haberme servido la mesa en Oaxaca, en diciembre de 1828, con su pie en el suelo, camisa y calzón de manta, en la casa del licenciado Manuel Embides", narró quien se adjudicó el título de "Su Alteza Serenísima". (Santa Anna, El hombre. José Fuentes Marín, Editorial Grijalbo, página 238, año 1982).

En los últimos carruajes que pudieron salir de la ciudad lograron acomodo José María Lafragua e Ignacio Comonfort, este último, años después, sería presidente de México. El Palacio Nacional fue totalmente abandonado por los funcionarios del gobierno santanista, quedó indefenso sin resguardo alguno, lo que patentizó el pánico que provocó la desbandada.

Las turbas del pueblo bajo asaltaron el inmueble en las primeras horas del día 14, violentaron las cerraduras de puertas y escritorios, toda la documentación oficial fue diseminada sobre el piso. También fueron blanco de aquel leperuzco atentado el recinto



Invasor. General estadounidense Winfield Scott.

de la Cámara de Diputados y de la Tesorería de la Nación, ubicados dentro del propio Palacio Nacional. Muebles, utensilios de oficina, valores, cuadros, libros, figuras, candeleros, cortinas, archivos y todo aquel objeto que estuviera al alcance de los vándalos fue saqueado. La turba asaltante lo desalojó al presentir la ya próxima aparición de los soldados estadounidenses en el Zócalo.

El Ayuntamiento de la ciudad, que presidía el alcalde Manuel Reyes Veramendi, decidió enviar una comisión ante el general Scott, quien se encontraba en Tacubaya, la que se presentó a las cuatro de la mañana del martes 14 de septiembre. La comitiva planteó la rendición de la Capital mediante la firma de una capitulación condicionada; Scott rechazó la propuesta y ordenó a sus subalternos, William Jenkins Worth y John A. Quitman, consumir la ocupación.

Las primeras tropas norteamericanas fueron avistadas pasar por la Alameda a eso de las tres de la mañana. Cerca de las 7:00 horas, de ese día 14, el general Worth arrió la bandera mexicana que ondeaba sobre el Palacio Nacional y sus colegas, el sargento Manley, el teniente Nicholson y el capitán Benjamin S. Roberts, izaron la bandera de los Estados Unidos, obedeciendo las órdenes de Quitman. A las 8:00 horas, una hora después, hizo su triunfal entrada al Zócalo el general Winfield Scott al frente de su ejército.

Los habitantes de la ciudad vieron con indignación cómo había sido sustituida la bandera mexicana por la estadounidense, sobre la puerta central del Palacio Nacional. Los rostros de aquellos ciudadanos mostraban coraje, impotencia y en algunos rodaron lágrimas al ver ultrajada la dignidad nacional por el enemigo; la reacción del pue-

blo fue abrir fuego sobre los norteamericanos. Scott se encontraba girando órdenes en el despacho presidencial, cuando se escucharon las primeras detonaciones de los alzados; desde las azoteas, ventanas y balcones se apostaron los francotiradores.

La rebelión de los civiles había iniciado. Aquella insurrección afloraba de un patriotismo humillado, escarnecido, profanado. Fusiles, pistolas, armas blancas, paños, piedras y todo aquello que sirviera como proyectil era tomado por manos mexicanas enardecidas para atacar a los soldados yanquis que se pavoneaban como soberbios conquistadores por las calles de la Ciudad de México. La mayoría de esos rebeldes eran gentes de las clases sociales media y baja, de esta última en mayor proporción. Los menos pudientes fueron los más valientes. (Sueñan las Piedras, Luis Fernando Granados, coedi-

ción de Ediciones Era y el INAH, año 2003, Premios Marcos y Celia Maus de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en 1999, y Francisco Javier Clavijero, del INAH, en 2000).

El historiador Antonio García Cubas escribió que, el ya referido 14 de septiembre, se encontraba con su madre de visita en una casa por el rumbo del templo de Santo Domingo cuando escuchó un gran alboroto en la calle: "...corrí con todos y sin que fueran bastantes los gritos de mi madre, y sacando mi cabeza como pude por entre aquella masa compacta de cuerpos que interceptaba la puerta, vi corriendo en tropel por la calle un pelotón de hombres armados y a cuya cabeza iba un fraile, montado en un brioso caballo, con sus hábitos arremangados y sosteniendo entre sus manos nuestro glorioso pabellón de las tres garantías. El fraile aquel infundía aliento e inspiraba entusiasmo a los gritos de ¡Viva México y mueran los yanquis!". El vociferante insurrecto era el religioso español, de origen aragonés, Celedonio Domeco de Jarauta, quien convocaba a los vecinos a abrir fuego sobre las tropas estadounidenses. El clérigo y sus seguidores causaron bajas al enemigo. (El libro de mis Recuerdos, Antonio García Cubas, Página 573, Editorial Patria, año 1950).

Una fuerza invasora que había entrado al Palacio de Minería, y era encabezada por el general Worth, fue sitiada por los rebeldes a lo largo de casas y edificios de la calle de Tacuba, finalmente los invasores rompieron el cerco; por la de López (rúa de prostibulos por aquellos años) también hubo férrea resistencia.

El día 15 arreciaron los combates por los diferentes barrios de la ciudad. Aparecieron muertos soldados yanquis por calles y banquetas. Las principales guerrillas urbanas de mexicanos dieron bizarro combate en el barrio del Tarasquillo (sector adyacente a La Alameda), la Plaza Mayor, La Ciudadela, el rumbo del templo de San Hipólito y otros puntos más. Los norteamericanos tumbaban puertas y ventanas violentamente de toda aquella finca donde procedía el fuego para apresar y ejecutar a sus moradores, así buscaban intimidar y sojuzgar a la población.

Y llegó el día siguiente, el 16 de septiembre, fecha en que se celebra la Independencia de México. El orgullo patriota estaba herido de

muerte, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba arriba del balcón central del Palacio Nacional, algunos vecinos que osaban cruzar el Zócalo no dirigían su vista a tal sitio para no mirar el lábaro invasor que ocupaba el lugar del nuestro. Y otros, que sí voltearon a observarlo, experimentaron una sensación de rabia al ver mancillada su nacionalidad; hubo ojos de hombres y mujeres que soltaron lágrimas a causa de aquel réprobo suceso, capituló ominoso de la historia mexicana que causó airada indignación.

El ex cronista de la Capital del país, el saltillense Artemio de Valle Arizpe, describió la atmósfera de dramática pesadumbre que irritaba a los connacionales de tal época: "¡Triste 16 de septiembre fue aquel! ... El 16 de septiembre de 1847 pasó silencioso, triste. Los pechos estaban embutidos de amargura. Hería el corazón y las entrañas de los mexicanos la altivez de los usurpadores, que veían a todo el mundo con desdeñoso desprecio. Paseaban su grosero orgullo por todas partes; se tenían a sí mismos por seres privilegiados, por cifra y compendio de lo perfecto. Estaban

1847

El 16 de septiembre el orgullo patriota estaba herido de muerte, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba arriba del balcón central del Palacio Nacional, algunos vecinos que osaban cruzar el Zócalo no dirigían su vista a tal sitio para no mirar el lábaro invasor que ocupaba el lugar del nuestro.

convencidos esos bárbaros de que poseían todas las excelencias, sin faltarles una; de que eran lo mejor de lo bueno: Parece que hacían el inesperado sacrificio, la inmensa concesión, el favor excepcional de haber vencido a las tropas nacionales y de haber ocupado la Ciudad de México". (Calle Vieja y Calle Nueva, Artemio de Valle Arizpe,

páginas 116 y 117, año 1985, Editorial Diana).

El alzamiento de los ciudadanos fue un fenómeno social de raíz eminentemente popular, nació de un sentimiento colectivo con una capacidad contestataria que asombró a los norteamericanos. Algunos rebeldes fueron azotados públicamente en el Zócalo, como represalia y escarmiento, otros fueron pasados por las armas.

El Ayuntamiento de la Ciudad de México expidió una proclama donde llamaba a los habitantes a terminar la resistencia. Eran nulas las posibilidades de que el ejército nacional regresara a recuperar la Capital.

En las horas de la noche de aquel tristemente recordado 16 de septiembre de 1847 cesaron las hostilidades y el silencio se adueñó de la urbe, las tropas invasoras se desalojarían hasta el 12 de junio de 1848, cuando concluyó la guerra con los Estados Unidos.